

## Una exégesis de Homero

Uno de los conocidos rasgos distintivos de toda la literatura griega tardía es su voluntario sometimiento al magisterio de los autores del pasado, la utilización permanente y selectiva de éstos, y la recreación de textos clásicos convertidos, de algún modo, en materia de nuevas composiciones y géneros diversos. Mantienen, de hecho, en estos aspectos, los autores posthelenísticos, hábitos tradicionales de elaboración literaria, continúan pautas que con un grado creciente de inevitable sofisticación pueden percibirse ya desde la más antigua literatura griega conocida<sup>1</sup>, y tienen permanente efectividad a lo largo de la historia cultural helénica.

Los poemas de Homero ocupan el primer lugar<sup>2</sup> en estas referencias al pasado literario, según confirman noticias que llegan desde el s. vi a.C., y está probado hasta la saciedad. En todas las épocas es notorio (buscando los matices que dan su belleza a los poemas, y los fundamentos para el recurso continuo a la autoridad de Homero) el esfuerzo de los griegos por conseguir la interpretación acabada del poeta, ambición reconocida como objetivo felizmente inalcanzable que tentó a innumerables espíritus.

1 Presenta convincentes observaciones a este respecto G. Nagy, *The Best of the Achaeans. Concepts of the Hero in Archaic Greek Poetry* (Baltimore y Londres 1979).

2 Según puede leerse repetidamente, como observación convertida en lugar común, y en numerosas publicaciones dedicadas específicamente al tema de la presencia de Homero en autores concretos, o en el pensamiento griego en general. La bibliografía recogida en estos trabajos es prueba del viejo, amplio interés por el asunto. Se debe información particularmente útil a J. Labarbe, *L'Homère de Platon* (París-Lieja 1949); F. Buffière, *Les mythes d'Homère et la pensée grecque* (París 1973=1956); W. B. Sanford, *The Ulysses Theme* (Oxford 1954); O. Bouquiaux-Simon, *Les lectures homériques de Lucien* (Bruselas 1968); J. F. Kindstrand, *Homer in der Zweite Sophistik* (Uppsala 1973).

Escritores y filósofos aportan interpretaciones de Homero, sean sus defensores o detractores nadie parece poder prescindir del poeta o ignorarlo. Engalanan sus obras insertando citas reconocibles, en diferentes grados de autonomía, e integrándolo en sus textos. Muchos son los que se acercan al relato épico tratando de encontrar en los poemas su propio pensamiento, sus propias convicciones. Todos se sienten capaces de interpretar a Homero, recurren a Homero en puntos trascendentes y hasta nimios de su propia obra, lo usan como artificio ornante, garantía de autoridad, o materia de polémica.

Para muchos toda verdad y toda ciencia están contenidas en los poemas, basta buscar en ellos adecuadamente. El poeta permite el acceso a su mensaje bien sin ayuda de recursos intermedios, hablando directamente, o por vía simbólica, por alegorías que deben ser interpretadas, como sostienen ciertas orientaciones filosóficas. En todo caso, las exégesis de Homero siguen tres direcciones predominantes, aunque no únicas; la física, la teológica, y la moral. Dado que Homero es tenido siempre por uno de los grandes educadores de la humanidad no es extraño que haya épocas en que se manifieste con superior preeminencia la consideración de los poemas como un acabado compendio de enseñanzas morales, tan provechoso para la conducta de los pueblos como la de los individuos<sup>3</sup>, una enciclopedia de modelos de comportamiento<sup>4</sup>.

La preocupación por las normas éticas de conducta y el aleccionamiento moral alcanzan particular relieve en las escuelas filosóficas y en los escritores de los primeros siglos del Imperio según es sabido, sin excluir de entre estos últimos a los representantes de la Segunda Sofística: muchos sofistas se sienten especialmente llamados a una función ético-pedagógica como parte de su misión de educadores de la juventud, y es suceso bastante común que se consideren a sí mismos filósofos<sup>5</sup>.

Dión de Prusa, filósofo y sofista, despliega actividades

3 Cf. Buffière, op. cit., pp. 250 ss., y p. 3.

4 Cf. P. Desideri, *Dione di Prusa. Un intellettuale greco nell'impero romano* (Mesina-Florencia 1978) p. 480.

5 Cf. R. Stanton, 'Sophists and Philosophers: Problems of Classification', *AJPh* 94 (1973) 350 ss.

de orador político, es conferenciante ducho en los infinitos recursos retóricos, enseñante, cultivador de varios géneros literarios, y moralista divulgador de los principios de la moral cínico-estoica, filósofo, diría él. Es evidente en sus escritos de toda época el insistente cuidado por la edificación de sus lectores y oyentes, su actitud parenética o disuasoria, una disposición alerta al didacticismo, particularmente al didacticismo moral.

Los dos ingredientes de su personalidad, que no cabe disociar ni entender como sucesivos y excluyente, el sofista y el hombre afín a conocidas tendencias éticas sustentadas por escuelas filosóficas, tienen entre sus objetivos primordiales el de hacer mejores a los hombres. Como los moralistas, los representantes de la nueva sofística están convencidos de ser los egregios propagadores de una cultura y una moral. Algunos de ellos, como Dión, extremaron su atención a este último aspecto de sus fines, «fueron conducidos por la evolución de sus convicciones a nutrir sus obras de motivos éticos»<sup>6</sup>. Afirma expresamente en varios pasajes su intención de instruir a los hombres, antes que deleitarlos con sus discursos. Felizmente, sus asumidos deberes de moralista no afectan al cuidado estilo de su prosa<sup>7</sup>, a su voluntad permanente de hacer obra bella.

Un grupo de títulos y un elevado número de pasajes<sup>8</sup> señalan la presencia de Homero en la obra de Dión como autoridad para apoyar o rechazar una tesis, ornamento erudito, materia de polémica o adhesión. Algunos de estos discursos tienen como tema el comportamiento de ciertos personajes de la epopeya observados como base de reflexión moral que el texto mismo del poeta ofrece. Ocasionalmente, negar la veracidad de un acontecimiento capital de los poemas<sup>9</sup> permite al orador exhibir sus habilidades so-

6 Cf. B. Schouler. *Libanios. Discours moraux* (París 1973) p. 25: Sea intención deliberada o resultado casi inevitable, en la obra de Dión es permanente una mezcla de ética y retórica, cf. R. Hirzel, *Der Dialog. Ein literarhistorischer Versuch*, 2 vol. (Leipzig 1895), p. 96.

7 Cf. C. Affholder, 'L'exégèse morale d'Homère chez Dion de Pruse', BFS 45 (1966-67) 287 ss., p. 291.

8 Recogidos y reseñados en Kindstrand, op. cit.

9 Aludimos, claro está, al discurso *Troyano* 11, donde niega que la toma de Troya se produjera.

físticas en el tratamiento de un episodio crucial, sin pretensión de ser creído, como todo el mundo comprendía.

Dos de sus discursos, LIII, *Sobre Homero*, y LV, *Sobre Homero y Sócrates*, son importantes para conocer la expresa adhesión del escritor a la obra de Homero. En el primero de éstos recoge la consideración de Homero por parte de varios hombres ilustres. El LV<sup>10</sup> está dedicado en gran parte a exponer en sus líneas esenciales el pensamiento de Dión sobre la función secular educadora del poeta por intermedio de la historia y de los mitos que figuran en su obra. Sus observaciones testimonian el conocimiento minucioso de la inapreciable utilidad de Homero<sup>11</sup> para quien trate de hallar en él nociones y normas de moral práctica.

El discurso LXI, *Criseida*<sup>12</sup> es uno de los que ofrecen particulares posibilidades de observar el trabajo de Dión en su búsqueda del mensaje moral de Homero mediante una exégesis en la que pone a contribución los modos e instrumentos de la educación retórica de manera que el material homérico se hace porción esencial de una breve composición dialogada.

Lo que se dice, en el canto I de la *Iliada*, alusivo a la persona misma de Criseida, es bien escaso<sup>13</sup>. El poeta no la presenta diciendo o haciendo cosa alguna. Sólo puede colegirse algo sobre su modo de ser observando lo que otros dicen sobre ella o los acontecimientos que con ella se relacionan. El propósito de Dión en *or.* LXI parece ser, y se diría que precisamente en este orden de prioridad, de un lado, probar las posibilidades de exégesis que ofrece un texto, por limitado que sea, a quien «reflexione sobre él de modo no demasiado simple o carente de perspicacia»<sup>14</sup>. De

10 Consideración detallada del pensamiento de Dión en LV, sobre la formación ética que emana de los poemas, en Buffière, *op. cit.*, pp. 146, 254, 255; Kindstrand, *op. cit.*, pp. 126, 134 s.; Desideri, *op. cit.*, pp. 480 ss.

11 Vid. H. von Arnim, *Leben und Werke des Dio von Prusa* (Berlin 1898), pp. 281 ss, 299 ss.; Kindstrand, *op. cit.*, p. 136; Desideri, *op. cit.*, p. 487.

12 Dión es considerado como «estudioso apasionado de la poesía homérica» por A. Olivieri, 'Gli studi omerici di Dione Crisostomo', *RFIC* 26 (1898) 585 ss., p. 602.

13 Criseida no es personaje favorecido por la atención de los escritores, siguiendo a Homero; ni los trágicos ni los líricos la han elegido como tema.

14 Como dice Dión en § 3.

otro, descubrir el oculto mensaje moral de Homero, para usarlo con hábil sugerencia aleccionadora, en el comportamiento de un personaje menos que secundario, una mujer, una cautiva, a la que apenas nadie presta atención, olvidando por una vez a reyes y jefes del ejército, que suelen ser objeto frecuente de comentario. El escritor anuncia veladamente a sus oyentes una exhibición de maestría.

Es difícil intuir si Dión al ocuparse de Criseida continúa una tradición, como es habitual en él, en este caso de exégesis con especiales dificultades para el comentarista, si se ocupa del comportamiento de un personaje que figura en repertorios usados por los moralistas predicadores de varias tendencias filosóficas, o si ha hecho una elección personal. De todos modos, desentrañar minuciosamente el significado de un texto polarizando todo esfuerzo sobre un objetivo concreto, obtener toda información posible de él valiéndose de deducciones fundadas, suposiciones verosímiles, argumentación sutil y sagaces intuiciones, dejadas a un lado las calidades literarias, no es labor menos estimable del crítico que Dión prueba ser en varios lugares de su obra.

No deja de ser el opúsculo una variante de una modalidad de ejercicio retórico-sofístico, sin duda integrada en la serie de ejercicios sobre un texto dado. Como se ha recordado, no menos familiar es el admitido hábito, la vieja práctica de buscar reflejados en los poemas los mismos criterios morales que alberga la mente del exégeta cuando acude a Homero como maestro de virtud. Sin olvidar la posibilidad de acudir a apoyos extrahoméricos, si pareciera conveniente, ya que desde antiguo es corriente una enorme libertad en la interpretación del texto épico<sup>15</sup>, libertad de la que Dión da testimonio expreso en pasajes como *or. II 44* que recoge, al parecer, doctrina común: «De las palabras del poeta unas hay que acogerlas como consejo, otras como mera exposición, muchas como censura y burla»; cabe interpretarlas como «conformes a la verdad» o «reflejo de la opinión»<sup>16</sup>. Y en el *LXI 8*, como si saliera al encuentro de una

15 Cf. Affholder y Buffière, *op. cit.*, *passim* y Kindstrand, *op. cit.*, página 37.

16 Cf. *Or* 43, 4.

crítica posible a su libertad de interpretación, afirma: «El poeta dice unas cosas y otras las deja a la comprensión de sus lectores».

El único pasaje de Homero que da información directa sobre la personalidad de Criseida es *Iliada* I 113-115, donde Agamenón expresa su elogio de la muchacha como justificación de su negativa a devolverla: «Me niego a aceptar el rescate. Tengo la firme intención de conservarla en mi casa. Incluso la prefiero a Clitemnestra, mi legítima esposa; pues no le es inferior ni en la figura, ni en el porte, ni en inteligencia, ni en destreza». Dión repite este pasaje, en cita extractada, en § 1, como base obligada de su exégesis, pero reduciendo progresivamente los cuatro puntos en que el Atrida fundamenta su elogio a dos, *eidós* y *trópos*<sup>17</sup>, para eliminar en seguida el primero de la atención de sus oyentes<sup>18</sup>.

Una oportuna intervención de su interlocutora, en § 2 permite a Dión tranquilizar a su auditorio, convencerlo de que Agamenón no habla movido por la pasión, y de que no cabe dudar de la certeza de sus estimaciones. Ni, por tanto, de la autoridad de esa opinión en que el escritor tiene el único apoyo realmente firme para sus argumentos. Porque, en adelante, falto de material parecido, ha de basarse en los acontecimientos narrados que tienen relación con la muchacha, ya que Homero «no la describe diciendo o haciendo cosa alguna, sino entregada en silencio a su pa-

17 Anunciando desde el comienzo su desinterés por la habilidad en las faenas domésticas de su personaje, porque tal habilidad no interesa aquí y ahora. De ningún modo significa que haya dejado de estimarse el trabajo de la mujer como uno de sus más buscados ornatos, al par que deber ineludible. Basta leer a Musonio 3, *Las mujeres también deben estudiar filosofía*: la mujer tiene, como el hombre, el don de la razón, los mismos sentidos, las mismas partes del cuerpo, inclinación a la virtud y capacidad para adquirirla, también para ella es bueno estudiar filosofía. Pero el primero de sus deberes es ser buena ama de casa, no ser indolente, servir a su marido con las dos manos, trabajar con sus manos, atender a los trabajos de la casa, etc., etc.

18 A pesar de que, según sus palabras al comienzo de *Or.* 21, *Sobre la belleza*, la apreciación de la belleza de la mujer ha aumentado, en tanto que ha disminuido la de la belleza masculina, en su época. Y de que Homero aplique a Criseida en *Il.* 1, 98; 143; 310, expresiones formularias relativas a su belleza. Dión mismo no deja de recordar la hermosura de Agamenón en 61, 7 y la de las Tindáridas en 10. Pero la belleza no es una virtud, ni siquiera un bien, para los moralistas.

dre»<sup>19</sup>, para conjeturar cómo serían sus criterios, las cualidades de su mente, su *diánoia*.

Dión imagina esencial para su trabajo la respuesta a una pregunta, que él formula, en relación a un suceso importante. Crises llega al campamento griego con el rescate, provisto de las bandeletas del dios, para suplicar al ejército y a los reyes que dejen libre a su hija<sup>20</sup>. ¿Viene Crises contra la voluntad de Criseida o porque ella misma se lo ha pedido así?, se pregunta Dión. No hay en las líneas del texto una respuesta, directa y clara, en uno u otro sentido, pero, según se desprende de la primera parte de la argumentación que sigue, Crises viene porque lo ha solicitado su hija: «Si Criseida hubiera estado satisfecha de su situación, y quería seguir unida a Agamenón, nunca hubiera escogido Crises la vía de apenar a su hija al tiempo que suscitaba el encono del rey, no ignorando sus sentimientos hacia ella. No le convenía menos a Crises que Criseida siguiera viviendo con el rey, mientras fuera amada por él, pues tanto su país como su templo, y él mismo, estaban en poder de los Aqueos y aquél era su jefe supremo. 5. Además, ¿cómo no llegó ni pensó antes en el rescate, en el instante mismo en que fue apresada, cuando era natural que lo soportara peor, sino tiempo después, cuando su pena se habría hecho menor, y mayor su relación con Agamenón? Pues el poeta dice que la llegada del sacerdote y la aportación del rescate tienen lugar en el décimo año del sitio. Y era natural que las pequeñas ciudades del entorno, entre las que se contaba Crisa y su templo, hubieran sido conquistadas justo al comienzo de la guerra»<sup>21</sup>.

La suposición es plausible. Pero tal vez el más sólido de sus cimientos es, a su vez, otra suposición. ¿Por qué ha de hacer diez años que Crisa y Criseida están en poder de Agamenón? Dión omite recordar que para llegar a Crisa (situada en el extremo sur de la Tróade, en la entrada del s. Adramiteno) se echa al mar una nave para transportar

19 Cf. 61, 3, alusión a *Il.* 441. Los pasajes homéricos utilizados por Dión (alguno repetidamente), lo son, en su mayoría, como citas en extracto, no propiamente parafrásticas. Como ha de recordarse, hay sólo dos citas literales. El número de alusiones no es grande.

20 Cf. *Il.* 61, 12-16 que Dión resume en 61, 3.

21 Cf. 61, 4-5.

las víctimas que se ofrecerán a Apolo y llevar a Criseida, con veinte remeros escogidos, al mando de Ulises; y una vez llegados, tras pasar un día en Crisa celebrando la fiesta, harán noche para descansar y partir hacia el campamento griego, al día siguiente, según recoge *Iliada* I 300 ss. y 430-487. No está Crisa tan próxima a Troya como para ser obligada su conquista justo al comienzo de la guerra <sup>22</sup>. Y admitido esto, habría una objeción obvia, casi inevitable. ¿Era natural, podrá preguntarse, que el Atrida mantuviera el entusiasmo por la cautiva, después de diez años de relación, cuando resulta que «ensoberbecido por el poder desdeñaba a Clitemnestra, su esposa legítima, con la que había tenido hijos»? <sup>23</sup>.

Parece, pues, siguiendo el curso del opúsculo, que la presencia de Crises obedece a una llamada de su hija. Y esto supone, dice la dama desconocida que interviene en la conversación, un extraño comportamiento por parte de Criseida, si se toman en cuenta las ventajas de la relación cordial con Agamenón para el padre, y la hija, y su pequeña ciudad. Díón aduce, además, motivos psicológicos, unos que basa en verdades de experiencia, otros que deduce de la situación de los personajes y su entorno, razones que, al tiempo, son un aliciente para buscar los motivos reales de la conducta de la cautiva: «No es grato, dice en §§ 6 y s., ni a las mujeres libres, perder un amante aun siendo uno cualquiera, una vez que lo ha sido; mucho menos todavía tratándose del hombre más noble y rico, rey de los griegos todos, poseedor del más grande poder entre los de su tiempo, dueño no sólo de ella sino también de su padre y de su patria, y en espera de hacerse dueño del Asia en poco tiempo. Pues Ilión se hallaba en mala situación desde tiempo atrás, se defendía la ciudad misma con dificultades, y nadie salía fuera a combatir. Y todo eso, cuando el rey no era desdeñoso con ella, sino que confesaba, incluso en público, preferirla a su propia esposa. 7. Que ella rechazara tan grandes y extraordinarias ventajas, al tiempo que al más

<sup>22</sup> El dato sólo pretende puntualizar la libertad en la selección de textos. El escritor no está haciendo exégesis objetiva, pero, aun así, evita esos pasajes y así elimina reflexiones que pudieran debilitar su reconstrucción.

<sup>23</sup> Cf. 61, 12.



excelso amante, no sólo rey grande y superior a sus escasos rivales en valor, sino también joven y hermoso, como sugiere Homero al compararlo con Zeus, y que luego llegara a su patria, sometida, y uniera su vida a uno de los esclavos de Agamenón, si es que había de casarse con alguno de sus paisanos, ¿no es una conducta extraña?».

Aquí la interlocutora formula la nueva conclusión a que parecen conducir las reflexiones anteriores: Criseida no deseaba apartarse de Agamenón. Fue Crises quien obró por su cuenta viniendo a rescatarla. Si ella lo hubiera querido, evidentemente hubiera sido una mujer más que necia, *aphronestéra*<sup>24</sup>. Entonces, porque una sanción negativa a la conducta de Criseida parece fuera de lugar, debe corregirse aquella deducción del párrafo 4 que lleva a admitir la voluntaria llamada de Criseida a su padre. No. Es Crises quien toma la resolución personal de intentar el rescate de su hija. Díón ha llevado a sus oyentes o lectores a prestar asentimiento a una deducción que contradice la primera, que parecía convincente. Ninguna de las dos ha sido ratificada, no obstante, de modo concluyente, se deja un margen a la vacilación. Y así, de modo finamente efectista, advierte el escritor en seguida que no debe hacerse un juicio precipitado, que no debe admitirse tampoco la última conclusión a la ligera. Crea en el público una disposición expectante.

Si de las dos posibles respuestas ninguna parece buena, ¿habrá que esperar una tercera solución, o nuevos apoyos a una de las dos ya expresadas? Las palabras atribuidas en último lugar a la dama interlocutora son la clave de lo que puede ser la solución, facilitan el progreso de la exégesis. Bastará probar que Criseida no ha obrado neciamente para establecer que fue ella quien solicitó la venida de su padre, pero movida por razones poderosas. Un oyente avisado no eliminaría la posibilidad de que el autor volviera, más tarde, a variar sus conclusiones.

A partir del § 8 y hasta el final del 15 (de los 18 que

24 «Y habrías probado lo contrario a lo que prometiste», termina la desconocida interlocutora. Se ha interpretado esta frase como una prueba de que LXI tiene su origen en una conversación real. Pero la intención de probar lo fundamentado del elogio de Agamenón, básica para el desarrollo de la exégesis, es suficiente.

integran la obrita), un monólogo de Dión, sin interrupciones, expondrá datos y argumentos probantes de que Criseida ha obrado sensatamente; su conducta ha partido de prudentes reflexiones sobre cambios que amenazan producirse en su entorno, y del conocimiento de pormenores que ignoraba. El escritor se dispone a hacer amplio uso de esa posibilidad que la sabiduría de Homero permite cuando «unas cosas las dice él mismo y otras las deja al entendimiento de sus lectores»<sup>25</sup>. El nuevo material es información ofrecida de modo disperso en los poemas, no en pasajes concretos y localizables, ni tampoco relacionados expresamente con Criseida, salvo en una ocasión en que aduce de nuevo, repitiéndolos aún más resumidos, versos que ya le sirvieron antes<sup>26</sup>, y en otra en que recurre a una cita literal (de las dos que figuran en LXI) donde se expresa la primera rotunda negativa de Agamenón a devolver a su cautiva<sup>27</sup>.

Utiliza igualmente datos de la saga bien conocidos por todos, integrantes del bagaje cultural de muchos griegos. Y obtiene de esto imaginadas situaciones, inferencias, y conclusiones: no son procedimientos muy distintos a los que ha venido usando, lo que varía es el material en que se basa y la frecuencia con que recurre a suposiciones de las que, a continuación, saca consecuencias como de hechos ciertos. Estas suposiciones aparecen introducidas en §§ 8 y 10 por un «según parece», «a lo que parece». En cambio se multiplica el procedimiento de atribuir, lisa y llanamente, a Criseida pensamientos, sentimientos, resoluciones, conocimientos, opiniones e información<sup>28</sup>: «...Criseida, al principio, *según parece, gustaba de quedarse* al lado de Agamenón por las razones que he dicho, y *daba gracias* a los dioses de no haber sido entregada a algún guerrero poco notable, sino al rey de todos, y de que aquél no fuera desatento con ella. 9. De suerte que *no se ocupó* del rescate. Pero cuando *tuvo noticia* de cuán ingrata era la morada de Agamenón, de la crueldad y osadía de Clitemnestra, *tuvo*

<sup>25</sup> Cf. 61, 8.

<sup>26</sup> De II, 1, 113-15. Cf. 61, 12.

<sup>27</sup> Dión está seguro de que oyentes y lectores conocen bien el canto I de la *Iliada*.

<sup>28</sup> Cf. 61, 8-10.

*miedo* de llegar a Argos. Durante el resto del tiempo *había permanecido* junto a Agamenón, tal vez lo amaba. Pero cuando la guerra tocaba a su fin y corría el rumor de que los troyanos ya no podrían hacer frente por más tiempo, *no aguardó* a la toma de Ilion. Pues *sabía* que las más de las veces los vencedores se vuelven soberbios, y que el respeto temeroso a los dioses prevalece cuando los hombres combaten. 10. Por eso *llamó entonces a su padre* y le *pidió* que suplicara a los Aqueos».

Incluso llevado, quizá, de la fluidez con que ha ido expresando suposición tras suposición el escritor se deja ir a una breve digresión, de la que, curiosamente, se excusa, reconociendo que tal vez Criseida no estaba enterada de lo que él acaba de decir<sup>29</sup>: «*Sabía*, a lo que parece, que los Atridas eran dominados por sus mujeres, y que sus mujeres se creían superiores a estos hombres no sólo por su belleza, sino porque pensaban que el poder les correspondía más bien a ellas mismas. Pues ellos eran Pelópidas y extranjeros mientras ellas eran Aqueas, hijas de Tindáreo y de Leda. Tindáreo era hombre ilustre y rey de Esparta, de suerte que también a Elena la pretendieron por eso los más nobles de los griegos y juraron acudir en su ayuda. Por añadidura, eran hermanas de Cástor y Pólux, que eran considerados hijos de Zeus, y pasan todavía ahora por dioses a los ojos de todos a causa del poder que entonces adquirieron. Pues eran superiores a los del Peloponeso. De las gentes de fuera del Peloponeso el mayor poderío era el de Atenas, y se apoderaron de ella en una expedición cuando Teseo era rey. Además era primo de ellos Meleagro, el más excelente de los griegos. *Esto no lo sabía Criseida...*».

Aún sigue, no obstante, Dión, suponiendo enterada a la cautiva de una serie de extremos sobre Agamenón y su familia. No sabía tanto<sup>30</sup>, «pero oyó *hablar* de la arrogancia de aquellas mujeres y *conocía* cuánto superaba Elena a su marido. De tal modo que cuando Elena se enteró de las grandezas de Asia a causa de la excelencia de sus tierras y la multitud de sus hombres y riquezas despreció no sólo a Menelao sino también a Agamenón y a Grecia ente-

29 Cf. 61, 10-11.

30 Cf. 61, 11-12.

ra y prefirió Asia a aquéllos. 12. Menelao antes había cedido en todo a Elena, y más tarde, habiéndola tomado prisionera, sin embargo la trataba con solicitud. Agamenón, ensoberbecido por el poder desdeñaba a Clitemnestra, de suerte que estaba claro que no se soportarían uno a otro, sino que ocurrirían cosas más o menos como las que sucedieron».

Cuando el escritor ha acumulado ya esta serie de suposiciones, no todas, en verdad, igualmente verosímiles y convincentes, introduce con notable efecto de contraste otras que realzan la excelencia de Criseida por comparación con el carácter y la conducta de Agamenón, y añade, a renglón seguido, una afirmación general que el lector aplica de inmediato a Criseida haciendo por sí mismo el elogio que el autor no dedica a su personaje de modo directo y explícito<sup>31</sup>: «Criseida *no se complacia* tampoco en que Agamenón dijera aquellas cosas, y, además, públicamente, ante la asamblea de los Aqueos, que la prefería a su mujer y en nada la consideraba inferior. Pues *sabía* que esto produciría envidia y celos. Y, por Zeus, se *apercibió* del modo de ser de Agamenón, de que no era hombre de carácter firme sino orgulloso y soberbio, y *cavilaba* qué haría con ella misma, que era una cautiva, al cesar en su pasión, cuando con tanta desconsideración se refería a su propia esposa, que era reina, y en quien había engendrado hijos. Pues las mujeres insensatas se regocijan cuando sus amantes desprecian sin recato a las demás. Las sensatas, en cambio, descubren el modo de ser del que esto hace o dice»<sup>32</sup>.

El párrafo siguiente ofrece contenidos similares, es un eco ampliatorio de lo dicho últimamente. Podría haberse distribuido el material reuniendo el conocimiento sobre el Atrida que se atribuye a Criseida en los dos pasajes, los rasgos que rebelan el modo de ser arrogante y despótico de Agamenón en ambos, las cualidades de Criseida en fuerte contraste con los defectos del rey en uno y otro párrafo. Con esta disposición se aligera, fragmentándolo, en conso-

31 El escritor no se deja impresionar, se limita a consignarlo, por el hecho de que el comportamiento loable de Criseida se produce como reacción ante una serie de temores; por miedo al sufrimiento renuncia a una porción de felicidad.

32 Cf. 61, 12-13.

nancia con la levedad formal de la obrita, el bloque tal vez demasiado denso que se hubiera producido. La distribución logra, por otra parte, un efecto de insistencia sobre la superioridad moral de Criseida respecto a Agamenón.

En el segundo pasaje inserta Díón una cita literal de tres versos que le sirve de autorizado apoyo, aparte de cumplir una importante función: recordar a sus oyentes que está haciendo una exégesis de Homero: «Además, *se daba cuenta también* de que él se portaba con ella despóticamente, y eso, cuando la amaba. Pues el amenazar así al padre de su amada, y no perdonarlo por ella, y el que no consolara al anciano diciéndole que nada malo le ocurriría a su hija, sino que, por el contrario, no sólo amenazaba a aquél, sino que despreciaba a Criseida cuando decía: *A ella no la soltaré, antes la alcanzará la vejez / en mi palacio, en Argos, lejos de su patria, / atendiendo al telar y acudiendo a mi lecho.* ¿De cuánta arrogancia era esto indicio? Pues ¿qué haría más tarde, cuando, amándola, así se expresaba sobre ella? <sup>33</sup>.

Apoyado ahora de nuevo en la autoridad directa del poeta, como si lo que sigue fuera producto indudable de su exégesis, termina Díón su monólogo haciendo un elogio expreso y directo de las cualidades de Criseida, manifestando su opinión personal <sup>34</sup>. Es sensata, prudente y precavida, inteligente, dotada de buen sentido, firme ante atracciones a las que otros sucumben frente a *tois dokoûsin endóxois kai agathois*. La enumeración acumulada y elogiosa de esta serie de cualidades femeniles <sup>35</sup> encierra implícita una invitación a imitarlas que en ningún momento desarrolla el autor.

A lo largo de estas últimas líneas se ha manifestado con insistencia el moralista que pretende instruir a los hombres en los principios éticos. Pero no prosigue por la

<sup>33</sup> Cf. 61, 14.

<sup>34</sup> O tal vez siguiendo los pasos de una valoración tradicional, hay que repetirlo.

<sup>35</sup> Son casi todas cualidades y virtudes de eficacia práctica que el común sentir (y, por supuesto, los moralistas de cualquier escuela) atribuyen a un carácter íntegro del que no se espera necesariamente extraordinaria o exquisita perfección ética. Las más nobles de estas cualidades son el desdén por la riqueza y elevación social, la firmeza ante la falaz *dóxa*.

vía indicada, no redondea el breve discurso de modo que corra el riesgo de convertirlo en una plática edificante. Por el contrario, el monólogo deja de serlo y el escritor vuelve a su exégesis cuando la dama hace una pregunta y se le da una respuesta que no deja de producir alguna perplejidad: In. «¿Quieres decir que por estas razones precisamente Agamenón pensaba que ella era una mujer de buen sentido?». Dión: «De ningún modo. No era lógico que ella comunicara tales cosas, ni siquiera a él. Lo comprendía por sus demás cualidades»<sup>36</sup>. Resulta que las cualidades que merecen el elogio de Agamenón, del que se ha partido para descubrir la personalidad de que el poeta dota a la muchacha, se revelarían en otras acciones y sentimientos de Criseida, no en lo que conocemos por la interpretación del poema, ni en todo lo que el escritor ha supuesto, deducido, o aun imaginado.

El trabajoso proceso exegético nos ha proporcionado, en todo caso, algunos rasgos importantes del carácter que Homero ha prestado a Criseida, pero la estima de Agamenón debe basarse en otros actos y muestras de comportamiento, motivados por circunstancias distintas de aquellas en las que la conducta de Criseida nos ha sido elogiada. Y aún hay otra prueba de la sensatez de la joven que también pasa inadvertida para Agamenón, que se obtiene de la interpretación de otro pasaje concreto, *Iliada* I 440, 446-447, que se da en cita literal: In. «¿Cómo no dice entonces el poeta que ella se marchó contenta lo mismo que Briseida apenada?». Dión «Porque también esto lo hizo con prudencia, a fin de no irritar a Agamenón ni inducirlo a porfías. Pero lo deja claro, sin embargo, el poeta, cuando dice que ella fue entregada por Ulises a su padre junto al altar:  *Diciendo así la puso en sus brazos, y aquél recibió gozoso / a su hija querida* »<sup>37</sup>. En mi opinión no la recibiría el padre con alegría si ella estuviera triste. Ni diría el poema 'querida' banalmente, a no ser que ella viera a su padre con alegría por lo sucedido»<sup>38</sup>.

La discusión sobre si Crises vino a rescatar a su hija

36 Cf. 61, 15-16.

37 Cf. *Iliada* I, 446-47.

38 Cf. 61, 10.

por propia voluntad o llamado por Criseida, que sirvió inicialmente para ir descubriendo las cualidades morales de ésta<sup>39</sup> al buscarse justificación a su aparentemente extraña conducta de llamar a su padre cuando todo parecía serle propicio, abocó en definitiva a una idea clara: Fue Criseida quien llamó a su padre y le pidió que suplicara a los Aqueos<sup>40</sup>. Pero, ya próximo el final de la exégesis, se repite otra vez la misma duda como si se hubiera expresado aquella conclusión sin total convencimiento, ¿a quién de los dos, el sacerdote o la cautiva, debe atribuirse la responsabilidad de la llegada de Crises? Y esta vez no se llega a conclusión alguna. Sea lo que quiera, la conducta de Criseida ha sido la adecuada: In. «¿Por qué habría de ser Criseida la que se hiciera estas reflexiones, más que Crises?». Díón: «Porque es natural que fuera ella quien se sintiera preocupada por lo referente a Clitemnestra. Y si, porque su padre tenía estas ideas, cedió ella, tampoco es cosa baladí. Pues la mayoría de las mujeres, y no digo nada de las insensatas, quieren más a sus amantes que a sus padres»<sup>41</sup>.

Todavía una pregunta de la interlocutora de Díón dará pie en la respuesta a otra prueba de la prudencia de Criseida, a la que se atribuye una nueva muestra de atinado juicio: In. «¿Por qué entonces, si era juiciosa, no impidió que Crises hiciera su petición a Agamenón en público, a fin de que se irritara menos?». Díón: «Porque *sabía* que, en privado, los amantes quieren dar satisfacción en todo a su pasión, pero en ocasiones sienten pudor ante la gente, y ella *pensaba* que llevar las ínfulas del dios tendría alguna influencia sobre la multitud, como en efecto sucedió»<sup>42</sup>.

El paralelo establecido en varios momentos de la obra entre los graves defectos del carácter de Agamenón y las sólidas cualidades del de la cautiva, que ha servido tanto al elogio de las virtudes como a la censura de los vicios, se hace de nuevo patente con el apoyo de un suceso no recogido en los poemas: In. «Otra cosa me admira. ¿Cómo pudo ocurrir que Agamenón se enamorara entonces de la hija del sacerdote y más tarde de Casandra, la sagrada

39 Al comienzo de 61, 3.

40 Cf. 61, 10.

41 Cf. 61, 17.

42 Cf. 61, 17-18.

doncella inspirada por la divinidad?». Dión: «Porque también esto es indicio de soberbia e insolencia, desear lo prohibido, lo raro, más que lo que está en la mano»<sup>43</sup>.

Con las últimas líneas se confirma que Dión ha estado llevando a sus oyentes de una opinión a otra, por las vías que él ha dispuesto. No ha insistido en persuadir de su total convicción sobre la veracidad indiscutible de las soluciones que ha ido presentando. Ha abandonado una por otra, para volver a aceptarla, justificándola, más tarde. Al final ha vuelto justamente, sin pretender aclararla, a la misma duda que planteó inicialmente sobre cuál de los dos personajes llevó la iniciativa de los acontecimientos. Incluso el elogio final, expresado por la interlocutora de Dión en una lýtotes condicionada está calculado para dar un timbre de informalidad a la discusión, ratificado por la respuesta de Dión: In. «Si las cosas fueron así, no digo que Criseida no era juiciosa». Dión: «Tú, ¿qué querrías oír, que sucedió así exactamente o que hubiera sido bueno que sucediera?»<sup>44</sup>.

La exégesis concluye sin epílogo, con tono de amena ligereza. La faceta pragmática de la composición cuenta menos para la estimación inmediata del opúsculo que la línea sinuosa de la argumentación, que consigue un cierto aire novedoso de personajes y hechos del remoto pasado clásico, insertos en formas nutridas del patrimonio literario de siglos anteriores<sup>45</sup>. La intencionalidad edificante y didáctica no aminora la amable diversión del espíritu ofrecida por Dión a sus oyentes y terminada en brillante donaire intelectual.

En la forma en que conocemos el discurso, LXI parece conservar poco de su origen, si es que procede de la actividad escolar real de Dión y es una reelaboración de notas tomadas en clase. La obrita resulta ser una exégesis de Homero, proyectada con intencionalidad estética y moralizante, concluida para ser una breve composición epidíctica

43 Cf. 61, 18.

44 Con estas palabras termina Dión *Or.* 61.

45 Remitimos a la introducción a *Later Greek Literature*, 888 colección de artículos que integran el n. 27 de *YCS*, editados por J. J. Winkler y G. Williams en 1982, que llamarían, probablemente, a *Or.* 61 literatura «derivativa».



destinada a la lectura pública <sup>46</sup>. La forma dialogada, próxima a la usual en pláticas moralizantes, un procedimiento estilístico más que diálogo real, constituye uno de los rasgos diatribicos de *Criseida*. La discusión con la innominada interlocutora se orienta de modo que dé lugar a reflexiones éticas y embozada paréntesis, dentro de la literatura diatribica también <sup>47</sup>. El mensaje moralizante al auditorio, aunque posiblemente inteligible para todo tipo de público no tiene aires de prédica popular, sino de comunicación a un grupo reducido de personas cultivadas capaces de apreciar los pulidos matices de la exégesis. Comienzo y final *ex abrupto* son también frecuentes en las conferencias moralizantes <sup>48</sup>. Otros discursos de Dión, de todos conocidos, presentan rasgos mucho más abundantes y manifiestos de la diatriba canónica, si es que tal cosa existe <sup>49</sup>, muy suavizados de aristas como es habitual en Dión. En *Criseida* mantiene en plano más discreto el aleccionamiento ético. Pero en LXI ha seguido, además, el ejemplo de Homero, ha dejado a la comprensión de sus lectores la tarea de descubrir parte de su enseñanza moral y completarla. Con hábil impresionismo diatribico hace más denso de lo que parece el aleccionamiento contenido en la obrita, que tal vez pudiera llevar un subtítulo, *Criseida. Sobre cómo los bárbaros pueden servir de ejemplo a los griegos* <sup>50</sup>.

M.<sup>a</sup> C. GINER SORIA  
Universidad de Salamanca

46 Discusión propia del gramático o el crítico denomina Hirzel a *Criseida* en op. cit., II 91. No han perdido vigor muchas de sus observaciones, como las de von Arnim, op. cit., pp. 281 ss. y 299 ss.

47 Rasgo familiar en todo tipo de diálogos, desde siglos antes.

48 La lista de elementos característicos de la diatriba o, mejor, de los escritos diatribicos, que no son usados en *Criseida*, es importante. Cf. A. Oltramare, *Les origines de la diatribe romaine* (Genève 1926), W. Capelle y H. I. Marrou, *Diatribe* en RAC 111 (Stuttgart 1957), 990-1009, J. F. Kindstrand, *Bion of Borysthenes* (Uppsala 1976).

49 Cf. J. F. Kindstrand, *Bion of Borysthenes* (Uppsala 1976) pp. 97 ss., B. Schouler, *Libanios, Discours Moraux* (Paris 1973) pp. 30 ss.

50 Todo el diálogo ilustra una conducta personal en que brilla la *phrónesis*. Es fácil situar convenientemente en la obra ecos de varios temas de la literatura diatribica: *La riqueza no es un bien en sí, la belleza no es un bien, El poder de un monarca no es un bien, Hay que modificar la conducta según las circunstancias, La virtud se manifiesta en actos* (base imprescindible para la meta de la exégesis). Ya se ha reseñado el rasgo diatribico de usar salidas ingeniosas o imprevistas sobre un asunto serio.